

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XXII JORNADAS

VOLUMEN 18 (2012)

Luis Salvatico
Maximiliano Bozzoli
Luciana Pesenti
Editores



ÁREA LÓGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Empatía y altruismo como productos de la evolución

Ariel Olmedo Giomphakus*

Introducción

Existe al interior de algunas disciplinas –como la Filosofía, la Psicología y la Biología– un notable interés por comprender la naturaleza de la conducta. A lo largo del tiempo surgieron diversas teorías al respecto. Las opiniones son variadas y cada planteo tiene su matiz particular.

Ahora bien, si tuviera que mencionarse uno de los debates más significativos al respecto, seguramente se nombraría aquel en el que se enfrentaron dos visiones distintas: el egoísmo y el altruismo.

Por otro lado, en las últimas décadas, ha crecido el interés por comprender la naturaleza de la empatía. El estudio reciente de este fenómeno ha generado debates e importantes líneas de investigación donde intervienen profesionales de diversas áreas del conocimiento. Biólogos, psicólogos, neurólogos y filósofos intentan dar con la naturaleza de este fenómeno, atendiendo, entre otras cosas, a la diversidad de factores involucrados en la aparición del mismo.

El presente trabajo intenta acercarse tanto a la primera como a la segunda discusión. Con ayuda de razones provenientes de la biología evolutiva se defiende la tesis de que la empatía y las conductas altruistas son productos de la evolución comunes a los animales sociales.

1. Egoístas vs. altruistas

De la disputa en la que históricamente se enfrentaron los defensores del egoísmo y del altruismo pueden mencionarse diversas características. Una de ellas es que se trató de una batalla en la que el triunfo estuvo generalmente del lado de los primeros. En efecto, el egoísmo –sobre todo en su versión psicológica– ha gozado de una enorme aceptación tanto dentro como fuera de los espacios académicos, especialmente, a partir de la década del sesenta.ⁱ

Quienes sostienen esta teoríaⁱⁱ no niegan el hecho de que los individuos se ayuden o apoyen mutuamente, sino que enfatizan en que esa ayuda es siempre un medio orientado al propio beneficio. (Cuando lo que se comprende bajo este punto de vista son conductas humanas, suele apelarse al deseo de obtener placer y evitar el dolor. Esta estrategia argumentativa, que matiza los elementos psicológicos del egoísmo con aspectos claramente hedonistas, permite, en ciertas situaciones, aumentar la fuerza de los argumentos).ⁱⁱⁱ

Por el contrario, según el altruismo, algunos individuos actúan, algunas veces, procurando el beneficio de otros, incluso si sus actos tienen un costo para ellos mismos.^{iv} Es importante mencionar que, a diferencia de lo que ocurre con el egoísmo en todas sus versiones, el altruismo sostiene que algunas personas, algunas veces, actúan en beneficio de otros, por lo que la defensa de esta teoría no implica la negación absoluta de conductas egoístas^v. Por eso, este punto de vista es compatible con el *pluralismo motivacional* que defienden Sober y Wilson (2000).

* U.N.C., ariel_olmedo@hotmail.com.ar

Ahora bien, la idea de que los individuos se apoyen mutuamente no estuvo acompañada por el éxito y la aprobación que históricamente tuvo el egoísmo. De hecho, la versión egoísta de la conducta se convirtió en una especie de imagen o impresión común que con frecuencia reflejaron los trabajos del siglo pasado. Sin embargo, y al margen de este retrato casi de sentido común, vale preguntarse si actualmente existen datos que apoyen el altruismo. El tipo de información reunida en este trabajo supone una manera de responder esta pregunta de manera positiva.

2. Empatía

Pero antes de profundizar en los detalles de esta discusión, es conveniente mencionar que en los últimos años ha crecido el interés por comprender la naturaleza de la empatía. La variedad de desarrollos y de líneas de investigación que giran en torno de este fenómeno es enorme y las definiciones que existen al respecto son muy diferentes. La que aquí se toma es la que presentan Decety – Jackson en *The Functional Architecture of Human Empathy* (2004). Se refieren a ella como la capacidad para compartir y apreciar las emociones de los otros. Esta capacidad involucra tres aspectos funcionales que interactúan dinámicamente: un afecto compartido entre el yo y el otro, la capacidad cognitiva para distinguir entre uno mismo y el otro; y cierta flexibilidad mental que permite adoptar la perspectiva subjetiva de los demás (regulación de las emociones)

Ahora bien, por más que esta definición tenga como principales referentes a los humanos (especialmente por la presencia de aspectos cognitivos), hay que reconocer que, sobre todo a nivel fisiológico, se trata de una habilidad compartida por muchos mamíferos. Es decir que, a cierto nivel, consiste en un fenómeno común a varias especies del reino animal.

3. La evolución del altruismo y la empatía

Tanto Sober y Wilson (2000) como Frans De Waal (2007) se apoyan en estudios y observaciones de la conducta animal y coinciden en que los antepasados biológicos de los humanos eran seres altamente sociales adaptados a la vida en grupos. Y, a diferencia de la imagen hobbesiana que se extendió ampliamente en el terreno de las humanidades durante el siglo XX, los autores dicen que los humanos no se convirtieron en seres morales debido a la aceptación forzada de un contrato particular, sino que afirman que la vida en comunidad y la convivencia con los otros ha sido, para ésta y para otras especies animales, una estrategia de supervivencia.

Tanto el cuidado como la atención de otros son aspectos fundamentales para el desarrollo de la vida en sociedad. Por eso, tanto la presencia de la empatía como el despliegue de conductas altruistas no son fenómenos atípicos en el mundo natural, sino que pueden identificarse con las habilidades que posibilitan la vida en sociedad y la conservación de las especies^{vi}

Sober y Wilson defienden un mecanismo que incluye motivos egoístas y altruistas. Sostienen que “Aunque dos mecanismos motivacionales sean capaces de generar cierto tipo de comportamiento, es posible que uno de ellos haya tenido más probabilidades de evolucionar que el otro.” (Sober, Eliot y Wilson, David Sloan; 2000, p 263). Ese mecanismo es el *pluralismo motivacional*.

Para justificar esta idea los autores toman como ejemplo el cuidado paternal. Creen que a partir del vínculo que establecen los progenitores con sus crías puede comprenderse mejor la idea de que cuidar y ayudar a otros son fines en sí mismos

Frans De Waal también apela al vínculo entre los progenitores y su descendencia, en este caso, para argumentar que estas relaciones son una forma primitiva de empatía común entre mamíferos. Sostiene que al ser la vida en sociedad un rasgo esencial en estas especies, y al ser lo social el terreno en donde podemos encontrar mayor cantidad de logros cognitivos, es posible pensar que “La selección debe haber favorecido aquellos mecanismos que evalúen los estados emocionales de los otros y respondan con rapidez a los mismos. La empatía es precisamente uno de esos mecanismos” (Frans De Waal, 2007, p. 53).

Es común que los progenitores protejan su descendencia y la defiendan de los peligros que atentan contra la supervivencia, por lo menos hasta que logre adaptarse a la forma de vida propia de su especie. Se la protege de situaciones de riesgo y se le provee de alimentos hasta que aprenda a hacerlo por sí misma. Este perfeccionamiento de las funciones reproductivas destinado a proteger el desarrollo de la descendencia (presente, sobre todo, en aquellas especies cuyos individuos atraviesan períodos más o menos prolongados de incapacidad vital), se vincula con la presión selectiva de prestar atención a los demás

Ahora bien, si la ayuda mutua se ejemplifica sólo mediante la apelación del cuidado parental y el altruismo se limita a la selección de parentesco, entonces el defensor del egoísmo puede hacer valer sus argumentos y resaltar la insuficiencia y parcialidad de la postura altruista. Por este motivo, hay que tener presente la aclaración de E. Mayr:

El cuidado parental, por supuesto, es *una clase especial* de altruismo dirigido al aumento del éxito reproductivo. Existen muchos trabajos sobre la interacción de los progenitores entre sí, con sus descendientes y con otros parientes, todo lo cual conduce a la selección de parentesco. En realidad, *todo esto es sólo una parte* de un aspecto más global y de enorme importancia, la ‘selección del éxito reproductivo’. Hay factores que favorecen la selección de parentesco y otros que la dificultan. El resultado final es un compromiso entre estas presiones de selección opuestas. (.)

En sentido estricto, la selección de parentesco sólo opera en grupos de parientes cercanos porque la ventaja genética de ayudar a otro individuo disminuye rápidamente a medida que la distancia genética aumenta. Sin embargo, hay otra forma en la que la conducta altruista puede ser favorecida por la evolución. En algunos grupos compuestos por miembros emparentados y no emparentados se han establecido ciertas formas de ayuda social que favorecen a todo el grupo. Un ejemplo típico es la existencia de individuos que sirven como ‘perros guardianes’ mientras el resto del grupo se alimenta. Un vigilante de este tipo, cuando da gritos de alarma para alertar a los otros miembros del grupo de la existencia de un predador, puede exponerse a sí mismo a un mayor peligro, pero su conducta altruista favorece la supervivencia y el éxito reproductivo del grupo en su conjunto (Mayr, 1992, p. 167-168 El destacado no pertenece al original)

En cualquier caso, entonces, el cuidado y la atención de los otros son comportamientos que se ajustan a necesidades ajenas, que generan lazos entre los individuos y condicionan el desarrollo de la empatía y de conductas pro-sociales. La cooperación, la atención recíproca y la protección colectiva son factores necesarios para el desarrollo y mantenimiento de la vida en comunidad. Estas y otras características hablan de un diseño biológico completamente

adaptado a la vida en grupos en animales sociales, ya que están atentos a movimientos, posturas y estados emotivos ajenos.

Tomemos por caso una madre simio que acude en ayuda de su descendencia al escuchar su llanto. Este tipo de comportamientos, común a simios y a humanos, implica una evaluación de la aflicción ajena y el intento por mejorar la situación del otro. Se trata de una *ayuda focalizada*, esto es, "(...) un comportamiento altruista ajustado a las necesidades específicas del otro aún en situaciones novedosas (...)” (Frans De Waal, 2007, p. 58.), un comportamiento en el que subyacen los componentes característicos de la empatía.

Gracias a las investigaciones en neurociencias y a los desarrollos contemporáneos en biología evolutiva, se sabe que los mamíferos son seres altamente dependientes de la comunicación social. De hecho, el desarrollo del oído medio es un aspecto de importancia vital en estos animales:

El oído medio permite detectar sonidos aéreos de alta frecuencia (por ejemplo, los sonidos de una voz humana), aún cuando la acústica del ambiente se encuentre dominada por sonidos de baja frecuencia. El desarrollo del oído medio en los mamíferos fue también crítico en la historia evolutiva de la sociabilidad porque esto le permite a la madre alimentarse, cuidar y escuchar vocalizaciones específicas al mismo tiempo.

El sistema nervioso de los mamíferos evolucionó con la habilidad para señalar y detectar vocalizaciones que reflejan estados de dolor, angustia y alegría. La regulación neuronal de la laringe y la faringe fue consistente con las funciones del oído medio (...) En los mamíferos este sistema permite una respuesta corpórea total a señales externas, especialmente aquellas emitidas a través de una modalidad auditiva. Como resultado de estas adaptaciones, los mamíferos poseen la capacidad única de responder contingentemente a factores acústicos de dolor y alegría (Carter Sue, Harris James y Porges Stephen W, 2009, p. 172-173 Traducción propia).

La comunicación en mamíferos alcanza diversos niveles de complejidad, variando de una especie a otra. (El caso más citado es el de los perros de la pradera, ya que su sistema de comunicación alcanza niveles muy complejos). Pero más allá de las sutilezas propias de cada una, lo importante es que la comunicación social les permite a estos individuos compartir distintas responsabilidades, como la de detectar los peligros del ambiente que les impedirían alimentarse o moverse en un medio seguro y la de coordinar una serie de acciones y movimientos que permiten mantener la convivencia y la seguridad en una sociedad sencilla. Estas características, que son comunes en animales sociales, dan cuenta de un diseño perfectamente adaptado a la vida en grupos. Los individuos tienden automáticamente a responder a estados afectivos ajenos, a coordinar movimientos, y a sincronizar expresiones. A este respecto dice Frans De Waal:

Los humanos empezamos siendo –si es que se puede distinguir un punto de partida– seres interdependientes, unidos y desiguales. Procedemos de un largo linaje de animales jerárquicos para los que la vida en grupo no es una opción, sino una estrategia de supervivencia. Cualquier zoólogo clasificaría nuestra especie como *obligatoriamente gregaria*.

(...) no hemos nacido para solitarios. Nuestros cuerpos y nuestras mentes no están diseñados para vivir en ausencia de otros (Frans De Waal, 2007, p. 28-29)

Además, hay que tener en cuenta que la comunicación se encuentra emocionalmente mediada, es decir, atravesada por fenómenos como el contagio emocional, lo cual significa que los individuos comparten sentimientos e intercambian estados emocionales, aunque no tengan conciencia de ello. Hatfield, Cacioppo y Rapson definen el *contagio emocional primitivo* como “(...) la tendencia a imitar automáticamente y a sincronizar expresiones faciales, vocalizaciones, posturas y movimientos con otra persona y, consecuentemente, converger emocionalmente.” (Hatfield E., Cacioppo J. y Rason R. L.; 2009, p. 19 Traducción propia)

Esta tendencia o respuesta automática, que implica que en el observador se activen las mismas redes neuronales que se activan en el observado, es propia de seres altamente sociales y vitalmente interdependientes.

Conclusión

Contamos actualmente con razones que nos permiten suponer la existencia de conductas altruistas en diversas especies del reino animal. Estas conductas pueden encontrarse relacionadas, en ocasiones, con la empatía, especialmente cuando las acciones suponen una evaluación de la situación específica por la que otros atraviesan.

Prestar atención a los demás forma parte de la lógica interna de aquellos animales para los que la vida en grupo no es una opción sino una estrategia de supervivencia. De hecho, la cooperación en diversas tareas (como buscar alimento o eludir predadores), la coordinación de movimientos, la atención recíproca, la protección colectiva y la compasión por los otros permiten, junto a los diversos y complejos sistemas de comunicación social, el desarrollo de la vida en comunidad y la supervivencia de la especie. La empatía puede verse, en este contexto, como un mecanismo que no sólo permite evaluar estados emotivos ajenos sino que también posibilita responder rápidamente a los mismos, dando lugar, en ocasiones, a acciones que tienden al beneficio ajeno.

Si además del contagio emocional, se comprende la situación por la que otros atraviesan (empatía cognitiva) y existe, al mismo tiempo, la preocupación por mejorar la atmósfera emotiva ajena, pueden emerger actos de ayuda o protección, aún cuando ello implique un alto costo para el propio agente. Es decir que el contagio emocional, convertido en empatía mediante la adición de capas cognitivas, puede conducir, en ocasiones, a acciones genuinamente altruistas.

Notas

ⁱ Existe también una versión restringida de egoísmo que ha gozado de una enorme popularidad dentro de la discusión filosófica tradicional. Esa versión restringida es el *hedonismo psicológico*. Su máxima es que las conductas humanas se encuentran regidas por dos soberanos principios: obtener placer y evitar el dolor. Todos nuestros actos -incluso aquellos en los que aparentemente deseamos ayudar a otras personas- y todos nuestros deseos son, para quienes adhieren a esta postura, un medio para alcanzar esos fines supremos.

ⁱⁱ Algunos autores que suelen identificarse como defensores del egoísmo en la tradición filosófica son T. Hobbes, F. Nietzsche, J. Bentham y J. S. Mill.

ⁱⁱⁱ Para Sober y Wilson, esta necesidad de apelar a algún tipo de recompensa o satisfacción interna surge cuando el argumento del egoísmo se enfrenta a situaciones que no pueden explicarse fácilmente. Por ejemplo, si se dice que los individuos sólo actúan porque desean obtener algún premio externo,

como conseguir dinero, no es difícil señalar acciones que no pueden explicarse en estos términos. La tesis del egoísmo psicológico, en estas circunstancias, perdería plausibilidad. Por eso, una apelación a beneficios internos sería la estrategia que permite salvar el argumento. Es por ello que el egoísta apelará al hedonismo como recurso de gran utilidad en este tipo de situaciones. (Cfr. Sober, Eliot y Wilson, David Sloan, 2000, p. 263).

Ahora bien, estos argumentos no son verificables y, por eso, no aportan información sustantiva acerca del mundo. Si tenemos en cuenta el criterio falsacionista de Popper, diríamos que son imposibles de verificarse o falsarse empíricamente; y esta característica, lejos de ser una virtud, constituye un problema explicativo que deben superar aquellas teorías que ambicionan obtener el status de ciencia.

^{iv} Algunos autores que suelen reconocerse como representantes del altruismo dentro de la tradición filosófica son el obispo Butler, Hume, Rousseau y Adam Smith.

^v Si tenemos en cuenta las diferencias de carácter lógico que separan la hipótesis altruista (“algunos individuos, *al menos algunas veces*, desean el bienestar de otro(s) individuo(s) como un fin último”) de la hipótesis egoísta (“*todos* los deseos últimos son *siempre* auto-interesados”), diremos, obviamente, que sólo la primera de ellas es compatible con el *pluralismo motivacional* que defienden Sober y Wilson. Es importante también mencionar que, si bien la defensa de la hipótesis altruista no implica la negación absoluta de la hipótesis egoísta, al menos pone en tela de juicio su pretensión de *universalidad*.

^{vi} Es importante mencionar que, con el correr de los años, ha crecido el apoyo a la idea de que la selección natural puede actuar tanto a nivel individual como a nivel grupal. Y podría decirse que este cambio de perspectiva es un factor que también influyó en el hecho de que el altruismo gane paulatinamente nuevos defensores, ya que permite considerar a la ayuda y la cooperación social como importantes factores de evolución.

Bibliografía

- CARTER SUE, HARRIS JAMES Y PORGES STEPHEN W.; *Neural and Evolutionary Perspectives on Empathy* en Decety, J y Ickes, W, *The Social Neuroscience of Empathy* MIT Press Londres, 2009
- DECETY, JEAN Y JACKSON PHILIP L.; *The Functional Architecture of Human Empath.* Behavioral and Cognitive Neuroscience Reviews Volumen 3, Número 2. Junio 2004.
- DE WAAL, FRANS; *Primates y Filósofos. La evolución de la moral del simio al hombre* Paidós Barcelona, 2007
- HATFIELD E., CACIOPPO J. Y RASON R. L.; *Emotional Contagion and Empathy* en Decety, J. y Ickes, W.; *The Social Neuroscience of Empath.* MIT Press Londres, 2009.
- MARY MIDGLEY: *El origen de la ética.* En Peter Singer (comp.): Compendio de ética. Alianza, Madrid 1995.
- MAYR, ERNST; *Una larga controversia. Darwin y el darwinismo.* Crítica. Barcelona, 1992.
- MELOTTI, UMBERTO: *El hombre entre la naturaleza y la historia* Península, Barcelona 1981
- SOBER, ELIOT Y WILSON, DAVID SLOAN, *El comportamiento altruista. Evolución y psicología.* Siglo XXI. Madrid, 2000